

ALFAGUARA



Jennie Rooney

La verdadera historia

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia

*Para mis hermanos, ojalá los devoren enteros;
y también para Frank.*

El Señor envió un pez gigantesco para que se tragara a Jonás, y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días con sus noches.

Desde el vientre del pez, Jonás rezó al Señor, su Dios...

El Señor dio orden al pez de vomitar a Jonás en tierra firme.

Libro de Jonás, 1:17, 2:1, 2:11

Stevie

Mi madre estaba como pez en el agua durante aquel cálido septiembre de 1939.

Con los años, había desarrollado cierta tendencia al nerviosismo. Nos habíamos acostumbrado a oírla murmurar sobre los peligros de los coches mientras picaba cebollas. Le preocupaba que se desataran los cordones de zapatos y los lazos de las mangas de las chaquetas. Se mostraba reacia a las colas de caballo, de las que cualquier loco que pasara podía tirar, y escribía cartas a *The Times* sobre los peligros de los viajes aéreos, en las que mencionaba la desgracia de un primo lejano que se había visto desviado de su rumbo en un globo de aire caliente durante la apertura del Ferrocarril de Greenwich y se había estrellado contra los arcos de la vía del tren en el Puente de Londres. Creía que cualquier niño que tuviera la mala fortuna de meterse la más mínima rodaja de pepino en la boca después de haberla cogido del suelo corría peligro de muerte inminente y prácticamente segura.

Según mi madre, Vivien, los cumpleaños eran ocasiones especialmente peligrosas. La sola idea de entrar con una tarta llena de velas encendidas en una habitación a oscuras le hacía temblar el ojo izquierdo. Vivien ponía un pequeño cuenco con agua al lado del plato de cada persona y todos teníamos que agarrarlo cuando la tarta entraba en la sala, con las rodillas dobladas y dispuestos a extinguir las llamas a la primera señal de indisciplina entre las velas.

Ese año, el primer domingo de septiembre, nos despertamos temprano y nos sentimos como si fuera Navidad.

Mis hermanos se pusieron los uniformes del colegio para ir a la iglesia, y se los dejaron puestos el día entero porque todo el mundo sabía que, si iba a haber una guerra, iba a empezar entonces, y querían estar preparados. Yo llevaba un par de guantes blancos limpios que reservaba para las grandes ocasiones y un pichi de color azul marino que estaba empezando a quedarme un poco demasiado justo en el pecho para ser completamente apropiado.

El anuncio de la guerra se produjo a las once en punto. Estábamos todos en el jardín de la señora Bartram, en el número 10, escuchando a Chamberlain en la radio sin hilos que ella había colocado en equilibrio precario junto a una abeja muerta en el alféizar de la cocina. Los del número 7 también estaban allí. Cogí el gato de la señora Bartram y le acaricié el lomo hasta la cabeza. Me gruñó mientras Chamberlain anunciaba que estábamos en guerra, y vi que el interior de su boca era de un rojo sorprendentemente vivo.

Pasé la tarde con mis hermanos pequeños, Eddy y George, llenando sacos con la arena que el Gobierno había dejado en el extremo de nuestra calle. Al principio intentamos mostrarnos solemnes, pero la arena se nos metía entre los dedos de los pies y en las grietas de las manos, y los sacos acabaron llenos de castillos de arena con torreones y pequeñas esculturas de animales domésticos.

Mientras tanto, nuestra casa se iba llenando poco a poco de agua. Vivien se dedicaba alegremente a esconder cuencos rebosantes bajo el sofá y botellas de cristal llenas junto a nuestras camas. Dejó pesadas sartenes que se desbordaban sobre el aparador del cuarto de estar y colgó mantas en las puertas para poder apagar con rapidez cualquier fuego. Tapó los bordes de las ventanas con masilla y llenó la chimenea de papel de periódico. Colocó una pila de mantas húmedas, cuidadosamente dobladas, sobre el marco de la chimenea por si había un repentino ataque con gases en el salón.

Se suponía, aunque nunca se decía a las claras, que, si iban a invadir alguna parte de la casa, sería el salón. Al fin y al cabo, era donde estaban las cortinas bonitas. De acuerdo con esa hipótesis, alineamos los sacos de arena junto al muro delantero y amontonamos latas de leche condensada bajo la mesa por si nos quedábamos sitiados. Plantamos berros en viejas latas de cigarrillos que pusimos en el alféizar de la ventana, para prevenir el escorbuto.

Vivien suspiró, feliz, mientras miraba todas las precauciones que ahora estaba autorizada, e incluso obligada, a tomar. Aquella noche durmió mejor de lo que nunca la había visto, con el cabello extendido dramáticamente sobre la almohada, los brazos colgando, descuidados, a los dos lados de la cama, y roncando con suavidad.

De modo que así es como recuerdo el comienzo de la guerra. Mantas húmedas y arena, y berros creciendo en algodón mojado y metido en unas latas. No hubo mapas desplegados sobre la mesa de la cocina, ni pequeñas esvásticas que indicaran el avance de Hitler por los países más pequeños de Europa, como en los libros de historia que se publicaron después. En nuestro patio trasero no se habló de campos de concentración ni del ascenso de las dictaduras europeas ni del estancamiento económico alemán. Todo eso lo sé ahora, pero se ha añadido después, colocado suavemente sobre las cosas que recuerdo, como papel de calco.

Y ése es el problema con los comienzos de las cosas.